

La sostenibilidad de los gobiernos progresistas

Mateo Grille

(Partido Comunista de Uruguay)

Compañeros, compañeras:

Es un honor participar en este nuevo Seminario organizado por el Partido del Trabajo de México. Al mismo tiempo, es una enorme responsabilidad dirigirme a ustedes para compartir algunas reflexiones que buscan aportar al análisis de nuestras realidades sociales desde una perspectiva política transformadora, en beneficio de las mayorías populares.

El título que convoca estas reflexiones es, sin duda, un gran desafío. Los éxitos electorales de nuestros partidos y movimientos políticos son necesarios, pero de ninguna manera constituyen el fin último de nuestros proyectos. Lo que buscamos siempre es la transformación social, el cambio profundo en las relaciones de poder. Y para ello, alcanzar los gobiernos es importante, pero no suficiente.

Vivimos en un mundo marcado por la inmediatez: todo debe ser “ya”, “ahora”, “al instante”. Ese rasgo, característico de la modernidad, se ha convertido en uno de los pilares de la estrategia de dominación global.

El problema que sigue afectando a la izquierda y al progresismo es la falta de debates profundos, que nos permitan volcar experiencias y realizar balances críticos para no repetir errores que parecen estar siempre al acecho. De ahí la importancia de encuentros como este. Como decía el barbudo de Tréveris, no alcanza con interpretar el mundo: es necesario transformarlo.

Podemos sintetizar varios de los problemas que afectan la sustentabilidad de nuestros procesos políticos:

- 1) La ausencia de una perspectiva común, al menos en clave latinoamericanista.
- 2) La escasa elaboración de una teoría revolucionaria o de cambio socioeconómico alternativa al actual estado de cosas.
- 3) La falta de una visión programática profunda, que apunte a la complementación productiva, tecnológica y económica entre los países de nuestra América Latina.
- 4) La débil organización regional a nivel masivo, que permita llevar a la práctica los consensos alcanzados.
- 5) Y, por supuesto, la carencia de un debate estratégico sobre una política de defensa continental, despojada de injerencias externas y basada en la soberanía latinoamericana.

Todo ello exige, entre otras cosas, tener muy claro cuál es el enemigo principal al que nos enfrentamos.

Estos son ejes centrales, aunque no los únicos. También debemos considerar aspectos económicos vinculados a la soberanía, a la construcción de poder nacional y a la posibilidad de crear alternativas conjuntas. Ningún país de nuestra América tiene futuro en soledad.

También debemos reconocer errores graves que hemos cometido, a veces por decisiones propias y otras bajo la influencia de nuestros enemigos. Muchas veces creímos que la sola gestión gubernamental de las contradicciones bastaría para hacernos avanzar. Ya sabemos que conquistar gobiernos no equivale a conquistar poder: el verdadero poder reside en las relaciones sociales, en la capacidad de reproducir o transformar la hegemonía. Porque es en el terreno cultural e ideológico donde se legitiman —o se cuestionan— las estructuras de dominación.

En lo que va de este primer cuarto de siglo, América Latina ha atravesado distintos momentos: desde el colapso del neoliberalismo en los noventa, hasta la irrupción de gobiernos populares que marcaron lo que se llamó “la década ganada”. Pero a esa década le siguió una década perdida, y hoy transitamos una etapa de avances parciales, retrocesos frecuentes y una reacción que muchas veces nos arrincona, aprovechando nuestras propias debilidades.

Estamos más fragmentados que antes. Y por eso se vuelve estratégica la unidad, entendida no como uniformidad, sino como la articulación de procesos diversos, a ritmos distintos, con la profundidad que cada pueblo pueda alcanzar según su historia y su realidad concreta, pero siempre con un mismo norte: la lucha contra el imperialismo, la desigualdad, la injusticia y la dominación, y la solidaridad irrenunciable con los que Frantz Fanon llamaba “los condenados de la tierra”.

Nuestra acción política ha sido demasiadas veces reducida a la mera gestión estatal, como si administrar instituciones moldeadas por relaciones de dominación fuese suficiente para transformar la realidad. En ese camino, hemos subestimado al adversario. La clase dominante dispone de un arsenal ideológico formidable en los medios de comunicación y las redes sociales. No son neutrales: son armas que difunden valores, moldean percepciones y construyen sentido común a favor del orden existente.

Hoy, la derecha ha comprendido mejor que nosotros a Gramsci: sabe que gobernar exige hegemonía cultural y libra esa batalla todos los días. Nosotros estamos en desventaja, porque los principales dispositivos de reproducción ideológica en sociedades capitalistas siempre fueron —y seguirán siendo— suyos. Frente a ello, lo que nos queda es la lucha territorial permanente, estemos o no en el gobierno.

No podemos confiar en que las medidas justas se reconozcan por sí mismas, ni en que mejoras parciales en las condiciones materiales basten para generar conciencia transformadora. La justicia de una acción no garantiza su legitimidad social: ésta solo se

conquista cuando el pueblo organizado la impulsa, la defiende y la hace parte de su identidad colectiva.

Y para que eso ocurra, hay que luchar con el pueblo y gobernar con él cuando se alcanza el gobierno. No se trata de gobernar para el pueblo, sino con el pueblo. El pueblo no es un sujeto pasivo: es protagonista de las transformaciones.

La lucha territorial y la acción política deben sostenerse de forma permanente. Esa lucha se construye junto a las organizaciones populares, sindicatos de trabajadores y trabajadoras, movimientos sociales, feministas, cooperativistas, jubilados, campesinos, pequeña y mediana industria, capas medias, intelectuales y el mundo de la cultura.

Hoy, América Latina atraviesa un momento complejo. Aun así, fuerzas progresistas y de izquierda conducen varios gobiernos en la región: desde México hasta Brasil, pasando por Colombia, Honduras, Venezuela, Nicaragua, Chile o Uruguay, y por supuesto la heroica Cuba, faro y guía desde hace más de seis décadas. Una vez más exigimos el fin de las políticas de agresión del imperialismo estadounidense y el levantamiento del bloqueo criminal contra ese pueblo digno. ¡No han podido ni podrán doblegarlo!

Los pueblos de nuestra región enfrentan el desafío de sostener gobiernos populares, fortalecer su legitimidad y enfrentar campañas desestabilizadoras internas y externas. Cada pueblo recorre su camino, pero lo esencial es no olvidar la premisa central: gobernar con el pueblo.

¿Y cómo se gobierna con el pueblo? Respetando su mandato, aceptando sus críticas, reconociendo sus aciertos, enseñando y aprendiendo, guiando y dejándose guiar. Sin mentir, sin ocultar, sin defraudar. Solo así se consolida la confianza y se renueva la legitimidad.

El enemigo también actúa, claro está. Pero mucho de su fuerza se alimenta de nuestras divisiones, de nuestra falta de claridad, de nuestras soberbias y errores. Cuando no hacemos pedagogía política, erramos. Cuando erramos demasiado, defraudamos. Y cuando defraudamos, la derecha radicalizada se vuelve más potente, alimentada por la frustración colectiva.

No tenemos derecho a equivocarnos. Porque si no avanzamos en una perspectiva verdaderamente popular y transformadora, si no gobernamos con el pueblo, abrimos el camino para que la ultraderecha avance aún más.

Hoy, el imperialismo estadounidense se muestra brutal y explícito como siempre, pero también más desnudo que nunca. No duda en lanzar guerras arancelarias, apropiarse de nuestras riquezas naturales, renombrar tierras y mares, agredir y amenazar pueblos hermanos en una escalada de prepotencia que, en el fondo, revela su fragilidad. Frente a ello, nuestra respuesta debe ser la lucha política con el pueblo, la pedagogía política constante y la claridad.

Compañeros y compañeras: nadie se salva solo. Solo con unidad, claridad y organización podremos transformar la realidad de nuestros pueblos.

¡Muchas gracias!